CAPITULO XII.

EN EL QUE EL AUTOR SE PERMITE UNA DIGRESION SERIA Y DE ACTUALIDAD.

EL arte dramático es como el metal, destruye el molde en que se funde. Pesa no sabenos que fatalidad sobre los actores, que los hace exhibirse de dia bajo fases poco favorables en lo general para toda la larga familia que constituye la andante comiquería. Es necesario conformarse con ver á los cómicos nada mas sobre las tablas, porque si levantais indiscretamente uno de los telones que los ocultan á la luz del sol, os sorprenderá la crónica escandalosa á pesar vuestro.

Cuando hemos levantado una punta de ese telon, guiados por nuestro prurito de estudiar las costumbres, nos ha faltado siempre tiempo para hacer bastantes apuntamientos, y estamos seguros de no haber penetrado todavia el misterio; pero con lo poco que hemos visto, hemos tenido lo bastante para escribir esta historia.

No se crea que animados por prevenciones personales ó siquiera por motivos de antipatía, bosquejamos á algunos de nuestros personajes: muy al contrario, los actores nos simpatizan y nunca dejamos de juzgarlos al traves del mérito, que en sí tienen, de ponerse al frente de nuestro malestar y de nuestras horas tristes.

Habla muy alto en favor de la buena índole de los actores, el hecho de buscar otro juez que su conciencia.

Tienen otra recomendacion: nos divierten.

Espontáneamente se encargan de hacerles llevadera la vida y menos fastidiosa á dos mil personas, aun cuando sea cada cierto número de horas.

Tienen este otro mérito.

Hacer voto de humildad al entrar al teatro; y aunque os aborrezcan, os estarán diciendo siempre que sois público benévolo, ilustrado, galante é inteligente, aun cuando esté muy reciente el recuerdo de una silba ó de un cojinazo.

Por encopetado que sea un actor, y aun cuando lo sea de cámara de S. M. *ó di Cartello* y esté condecorado, llegará un dia en que os dirigirá frases tiernas, y hasta os confesará que ha derramado lágrimas, y os contará en estilo sublime muchas lástimas de esta especie por solo el vil interes de que vayais á su beneficio y pagueis el doble de lo que vale vuestro asiento, ú os manifesteis munífico, si podeis, porque es el dia de recoger doble, entrando con esto los actores en el gremio de los guarda-faroles y de los repartidores de los periódicos, que os piden el aguinaldo ó cualquiera otra propina; porque para el actor el *beneficio* no es mas que la *gran propina* en el dia de abrir las manos ante la generosidad pública.

Por altivo, por orgulloso que sea un actor, por alto que esté, el público le hace las cuentas el dia de su beneficio; y si el público es escaso, por todos los ámbitos del salon no se oye decir mas que esta palabra, con verdadero enternecimiento:—¡Pobre!

No es sin duda *un beneficio* el acto que esté mas en armonía con la dignidad del hombre.

Desde el momento en que un sueldo ó una retribucion pecuniaria se pone á merced de la generosidad ó de la vanidad del que la paga, el que la recibe queda humillado y muy abajo del favorecedor.

Somos enemigos de toda esclavitud y de toda humillacion, una vez declarados partidarios de la libertad y de la dignidad humanas. Por esto deseamos que los actores tengan todos los beneficios imaginables, en pro de su prosperidad; pero de la contaduría para dentro y no á costa de ningun género de humillaciones.

El sentimiento que predomina en el público, en los be-

neficios, no es precisamente el entusiasmo por el beneficiado, sino la conmiseracion.

Estamos seguros de que por poco delicados que sean los sentimientos de un actor, no arranca con la avidez del avaro, las monedas que adornan un laurel verde, símbolo de gloria, sino que siente una tristeza secreta al recoger la dádiva, por mucho que lo saque de apuros.

El vil metal, rey del mundo y todo como es, está sentenciado por la dignidad del hombre á brindársele en montones de á veinte, alineados severamente sobre un mostrador ó metidos dentro de una grosera bolsa de pita.

Se le recibe dignamente cuando acabamos de poner nuestra firma en un papel sellado ó de cerrar un pacto legal; pero cuando os lo arrojan á los piés ú os lo dan en hojitas de laurel y ha precedido en los labios ó en la mente del dadivoso la palabra *¡pobre!* no haceis mas que recibir lo que le sobra al rico y lo que os dan por lástima.

Hay algo mas que notar acerca de esta apreciable familia de artistas, y es, que nadie habla tan mal de los actores como ellos mismos; y al contemplar la perpetua amargura en que viven, muchas veces nos hemos figurado que de la misma manera que el funámbulo logra relajar sus articulaciones y sus ligamentos en virtud de ciertos ejercicios difíciles, acaso el ejercicio de los afectos y de las pasiones relaja tambien las pasiones y los afectos en los actores.

La actriz que aparece sobre las tablas poseida de sublime indignacion contra el vicio y que os hace gozar con

el mas bello conjunto de perfecciones morales, con la personificacion de un ser modelo, de un tipo de virtud ó de heroismo, posee tal vez una alma cuya depravacion la pone muy léjos de sentir lo que dice.

La literatura dramática, asumiendo en frases precisas, en pensamientos claros, en acciones conmovedoras la expresion mas genuina de la moral humana, lejos de edificar con el ejemplo á sus propios operarios, los prostituye, los hace degenerar individualmente.

Pocas actrices se salvan en este fatal naufragio, en el que parece ser un tributo indefectible, la sensibilidad y las virtudes.

Nos parece notar no sabemos que siniestra analogía entre el actor de malas costumbres y el fraile corrompido.

Parece que los actores se familiarizan con los preceptos de la moral, de la misma manera que los viejos sacristanes con los vasos sagrados.

La actriz empieza por llorar de veras, cuando en la escena llora á su madre muerta; como el sacristan empieza por arrodillarse ante los altares aun cuando no lo vea nadie; y la actriz acaba por reirse en el trance mas serio, y el sacristan perdiendo primero los escrúpulos, despues la veneracion y al último el respeto á las cosas santas.

Compadecemos sinceramente al actor que en su larga carrera ha podido sacar ileso su corazon del fango de las tablas. ¡A costa de cuántas decepciones y de cuántas amarguras ha podido triunfar de sí mismo, ha podido re-

sistir al pestilente contagio de la depravacion de sus compañeros!

A estos hijos del arte, prosélitos firmes de la moral, salud mil veces; ante ellos y por ellos pedimos para nuestra pluma el corte que tiende á tocar las llagas sociales, y pedimos el acierto en nuestras apreciaciones para poder arrojar el ridículo sobre los malos.

En el marasmo en que vive la sociedad actual, vemos salir de las sombras de la penuria á las hijas de la desgracia dirigiendo una mirada á la prostitucion y otra al teatro; vemos algunas madres llevar á sus hijas á la contaduría del empresario para entablar la mas inicua de las transacciones, el mas repugnante de los contratos.

No quedaba en el tabuco de la miseria nada que vender, nada que enagenar; y un dia una madre encuentra que las rosas de los quince años, las líneas de la pubertad, las sonrisas de la beldad pura y pobre, tienen un valor estimativo en el mercado humano.

¡Pero qué madre no tiembla ante la deformidad de esta idea siniestra! Conjura aquel sueño á pesar de las sugestiones de la desnudez y el hambre, y la virtud se replega en los últimos atrincheramientos; pero un dia encuentran madre é hija un cartel de teatro y tras del cartel unas cuantas monedas: entonces la horrible idea de vender las rosas del pudor se disfraza bajo esta forma: *«la carrera artística.»*

La solucion está encontrada; la prostitucion ha hallado una máscara; la conciencia ha hallado una palabra; la

madre ha hallado un medio, y el empresario del teatro ha hallado un trozo mas de carne humana para los lobos, los leones y los pollos de las lunetas.

Un dia, aquella madre y aquella hija se quedan pensativas sin saber por qué; están cosiendo las deslumbrantes ropas del teatro, y las lentejuelas brillan con un brillo satánico.

Están pensando, en que aquella idea que las hizo estremecer algunos meses antes, aquella horrible idea de vender las rosas del pudor como la última joya, se ha realizado ya.

La hija tuvo que transijir con el empresario y se vistió de guerrero: se descubrió, llorando de vergüenza, sus virginales formas; era preciso hacerlo así, todas hacian lo mismo: la iniciada lloró sobre el primer giron de su pudor, tembló ante el público que la contemplaba con indiferencia, porque le parecia que el público no tenia ojos mas que para verla; se colocaba atras para cubrirse con sus compañeras, avezadas en la desvergonzada exhibicion nocturna; y al caer el telon ocultó la cara entre las manos porque la habian visto ya, porque algunos caballeros la habian devorado al pasar entre bastidores, con miradas horriblemente amorosas.

Aquella zarzuela "La isla de San Balandran" se repitió muchas noches; y la repeticion amenguó el sacrificio, secó las lágrimas y apagó el bochorno.

Despues hubo necesidad de hacer un papelito por el que daban cuatro pesos; el vestido era mas insuficiente;

y se entabló grave controversia sobre que no valia la pena de discutir algunas pulgadas de tela de mas ó de menos.

Despues recibió la figurante lecciones de baile; las cuadrillas son muy fáciles de aprender: la música se llama *Can-can*.

¡Extraño nombre!

Pagan mas á las que bailan esas cuadrillas.

El director de baile previene á las parejas la manera con que han de mover las manos y la falda.

—El baile este tiene rarezas incomprensibles, piensa la figurante; ¿qué mas dá mover los brazos en tal ó cual sentido?

Caprichos del director.

El público aplaude mucho el *Can-can;* tenia razon el director: así se deben mover las manos y la falda.

—Ya sé bailar *Can-can*, exclama al fin satisfecha la figurante. Desde que lo aprendí tengo amantes que me obsequian. ¡Qué tonta fuí al llorar la primera noche!

La horrible idea se ha realizado, las rosas del pudor ya desaparecieron con el hambre.

La idea aquella que hizo estremecer á la madre, se realizó; la prostitucion dejó caer la máscara teatral, y lo que habia pasado era precisamente lo que se habia pretendido evitar; pero habia sucedido tan poco á poco que se hizo todo sin apercibirse de ello.

Las rosas del pudor se habian deshojado completamente y los pétalos habian caido al fango uno á uno.

Por eso madre é hija se habian quedado pensativas y como fascinadas con el brillo siniestro de las lentejuelas.

¡Pobre condicion humana! Cria el ingenio en Grecia el teatro, elevan las naciones templos á la moral y á las buenas costumbres, y las sacerdotisas de esos templos encargadas de mantener el fuego sacro, minan como sabandijas inmundas los cimientos del edificio donde se enseña á amar, á perdonar y á bendecir, y forman una cloaca al vicio y un foco á las infamias.

México está presenciando en estos dias la mas escandalosa de las decadencias. El teatro está muriendo en la disipacion y en la crápula.

Aquí terminamos nuestra digresion, para volver á Romero y á su señora.